

17/3/86

CAPACIDAD DE RESPUESTA

El día 15 de marzo, tres semanas después de la gran manifestación de la UNTS (cfr. Proceso, 226), la UNOC (Unión Nacional de Obreros y Campesinos) de muy reciente constitución ponía en las calles de San Salvador un número notoriamente mayor de manifestantes. Si la primera manifestación fue una protesta directamente contra el programa de estabilización y reactivación e indirectamente contra el gobierno, la segunda hay que verla como un apoyo directo al gobierno e indirecta, si no al programa mismo, al menos al proyecto gubernamental.

La prontitud con que fue organizada la nueva Unión y el éxito que tuvo su primera convocatoria da cierta impresión de apresuramiento y artificialidad. Pero por lo mismo señala una vez más la capacidad de movilización política del PDC. Al PDC se le puede acusar de poca capacidad a la hora de gobernar, pero hay que reconocerle una gran capacidad de hacer política, de rehabilitarse pronto ante los golpes más fuertes. Fuerte fue el golpe del 21 de febrero, asestado por la UNTS, pero más fuerte, al menos a la corta, ha sido la reacción del 15 de marzo.

Tras esta manifestación carece de consistencia la afirmación de que el gobierno y, sobre todo, el PDC ha perdido el apoyo popular. Se le han separado ciertos sectores campesinos y, sobre todo, obreros, pero lo quedan numerosos sectores campesinos y algunos obreros. El desgaste del gobierno en este aspecto puede estimarse como normal, pero no notable, sobre todo si consideramos el efecto negativo sobre las mayorías populares del programa de estabilización. No importa mucho que se hable de presiones y de promesas o



que se apele a las facilidades de convocatoria que da el poder y el presupuesto nacional. Todo esto va a seguir estando en manos del PDC durante tres años y pico más. El desgaste acumulado lo podrán ir contrarrestando con la experiencia acumulada.

No por eso el movimiento popular debe considerarse derrotado. Ni siquiera fundamentalmente dividido. Ambas manifestaciones coincidieron en dos puntos fundamentales: es necesario terminar la guerra con el diálogo y ~~deben~~ ser mantenidas y acrecentadas las reformas estructurales. El no a la guerra como solución de los problemas nacionales y el no a la prepotencia del gran capital, que había tenido su minúsculo foro empresarial, son dos elementos básicos, sobre los que se puede y se debe construir una cierta alianza, aglutinadora de toda la masa laboral y campesina. La UNOC debe ser consecuente consigo misma y si el gobierno, al que ahora apoya, no es capaz de llevar adelante el diálogo o las reformas estructurales, debe ser primero presionado con plazo fijo y después abandonado y combatido, si es que es incapaz de responder a las demandas populares por dedicarse a obedecer las órdenes imperiales. La UNTS también debe presionar al gobierno desde la oposición, no tanto respecto de las medidas económicas coyunturales sino respecto de la guerra que es una de las causas principales de nuestras miserias actuales. Los personalismos, las maniobras y la corrupción no deberían dividir a quienes objetivamente tienen los mismos intereses. Las bases sanas lo entienden muy bien cuando no son desubicadas por una propaganda falseadora.

Al gobierno le queda por delante una gran responsabilidad. Ya no puede decirse que no haya espacio político para el diálogo. El es



pacio político, sobre todo el espacio político democrático, lo abren las bases populares y no los ~~pot~~ poderes fácticos. El gobierno de Duarte ha propendido, hasta ahora, a apoyarse más en los poderes fácticos que en la voluntad popular. No ha tenido la audacia de apoyarse sobre en las necesidades objetivas de la población y en las demandas de las clases populares. Por eso carece de poder propio y el que tiene es gran parte prestado. No se puede ser ingenuo a la hora de calibrar las fuerzas de unos y de otros. Pero entonces hay que reconocer que en El Salvador la democracia no es más que un sueño incipiente. Si la democracia no es voluntad popular y no es atención prioritaria a las necesidades populares, se reduce a ser una democracia de papel, del poco papel que cabe en las urnas los días de elecciones. ¿Progresará el gobierno de Duarte en la línea de las reformas? ¿Progresará en la línea del diálogo y de la negociación? ¿O acabará confesando su impotencia y diciendo al mundo que en El Salvador no es posible llevar adelante la voluntad popular por los caminos formales de la democracia?

La manifestación popular del 15 de marzo no es un cheque en blanco, aunque tal vez tampoco es un cheque sin fondos. Si se trata de un engaño, llegará el momento en que todo puede cambiar. La manifestación del 21 de febrero, más auténtica por más difícil, es ya una señal de aviso. Poner en contradicción al pueblo consigo mismo sería un tremendo error, en el que no debería caer nadie que se estimara demócrata y que exigiera de verdad la superación de la injusticia estructural. En definitiva, el fondo de la cuestión en ambas manifestaciones es el mismo. Se trata del rechazo de un pasado que unos pocos quieren reiterar por la fuerza o por el engaño. Y los gobernantes actuales no acaban de romper con el pasado.

